

## Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **46**  
Volume

Número **3**  
Number

Mayo-Junio **2003**  
May-June




*Artículo:*

**Editorial.**




**Reflexiones sobre el mundo y el momento actual**

Derechos reservados, Copyright © 2003:  
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***



**Medigraphic.com**

## Editorial

# Reflexiones sobre el mundo y el momento actual

Manuel Quijano

Escribo estas líneas en los primeros días de marzo, cuando todo el mundo debate lo que debe hacerse en el medio oriente; en México el presidente se pronuncia por la paz, a la vez que recuerda que Irak debe desarmarse; los exaltados pacifistas repudian cualquier forma de presión que el gobierno norteamericano pueda intentar ejercer y todos, con cierta zozobra, estamos a la espera que el Consejo de Seguridad de la ONU finalmente decida y cómo será nuestro voto. Acuden a mi mente recuerdos de mi primer viaje a EEUU y de las reflexiones sobre su pueblo, su psicología, virtudes y defectos que compartíamos varios latinoamericanos en aquellos días de la posguerra inmediata, en 1946.

En cierta forma, decíamos, olvidando de momento su doctrina Monroe, su “destino manifiesto” para extender su dominio hasta Panamá, la guerra contra México de 1847, pretextada con mentiras, el apoderamiento de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas y su participación en las dos guerras mundiales, en cierta forma el pueblo americano ha estado aislado desde su fundación hasta mediados del siglo XX, indiferente y ajeno a las otras culturas. Ignorante del resto del globo hasta 1948 en que se autoimpuso la custodia del mundo, era un pueblo ingenuo y feliz, con una mínima y brillante minoría de intelectuales, entre los cuales empezaban a destacar los científicos. Pero desde las filas del gobierno, toda la clase media y el proletariado, ignoraban no sólo la existencia de los demás sino la más elemental geografía. Tiempo después, al constatar la presencia de otra superpotencia, se pusieron a remediar esto, a organizar y fortificar sus embajadas en todas las naciones, con abundante personal que fue especializándose en la historia local, la economía, las características humanas y sociales de cada país y las regiones colindantes.

Hasta entonces, a pesar del claro deseo de dominio de sus dirigentes, la gran masa de sus habitantes revelaba sólo una preocupación excesiva por su propia persona sintiéndose diferentes, señalados deferentemente por el dedo de Dios, depositarios de la gracia calvinista (que además consagra el comercio y las ganancias), fuertes y muy morales: representantes del bien. Debido a esa preocupación por su propia persona, se extendió y fortaleció en los años cincuenta el psicoanálisis (tan satirizado por Woody Allen), que todo el mundo conocía a medias y deseaba practicar pasiva o activamente. Al mismo tiempo, rechazaban la mente reflexiva y creían que sólo los sentimientos y las emociones revelaban la naturaleza de la realidad, y que la psicología (enseñada y practicada) era la clave del entendimiento.

Evasión cómoda de la lógica; pues sentir es saber sin razonar. Lo que sí lograron fue exorcizar su sentimiento de culpa, por ser ricos, poderosos y dominantes. Por eso no sorprende que todavía hoy un buen número de personas caigan fácilmente en movimientos semi-místicos, dizque inspirados en religiones orientales, a veces con conductas aberrantes. En esa sociedad que aprecia, conoce y utiliza la última tecnología, las personas corren ya hacia la vieja “gracia” calvinista, ya hacia los nuevos acarros que ofrecen la “salvación” fundamentalista... en un curioso contraste con las distracciones de una cierta mayoría que, a juzgar por los filmes y la televisión, hacen gala de costumbres disolutas y de desviaciones escandalosas. Desde entonces y hoy lo tengo más arraigado, en mi opinión, los americanos (fuera de la cortísima élite científica), no tienen conocimientos, tienen información.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, los considerábamos sólo buenos fabricantes de objetos, automóviles, o implementos para cocina etc. pero que desconfiaban de las ideas, que temían la belleza por su primitiva ignorancia; con familias estables, niños dóciles y adultos honestos —en lo que se refiere a cuentas pequeñas y en cuanto a reconocer ignorar algo (todos los que visitábamos hospitales nos sorprendíamos de ver contestar a los profesores de medicina “no sé” a una pregunta). En una palabra los calificábamos de ingenuos cuando, para nosotros los latinos, ser llamado ingenuo era desagradable y casi preferíamos los epítetos de calculador, deshonesto o traidor. Porque eso implicaba tener imaginación.

Para ellos la sociedad ideal era la uniforme, para nosotros la armónica. Para ellos la intención y el hecho eran la misma cosa. Considerados particularmente gregarios, nosotros los individualistas, nos distinguíamos al evitar pertenecer al montón, a la tribu, a la especie, sin culpa y sin ansiedad como ellos. Se habían ocupado siempre, con más diligencia que inspiración, de construir un sistema ético cuya sola virtud es tratar de satisfacer las necesidades humanas sin incitar al caos. Para los mexicanos de mi generación, que habíamos vagabundado por la historia y la religión, inclusive al reconocer su posición de vanguardia en ciencia positiva, se nos dificultaba aceptar las modalidades de comunicación. Presuntuosamente nos calificábamos de intelectuales, sin ser otra cosa tal vez que liberales e ineficaces, irresolutos y solitarios.

Honradamente debemos aceptar que en el último medio siglo, no sólo se han convertido en la única potencia mundial, inclusive con modales prepotentes, imperialistas y sordos para

el resto del mundo, sino en cuna del movimiento más intenso, orientado y crítico de la ciencia en todas sus disciplinas. Es más, debe considerarse natural que sea sólo una minoría la que constituye esa élite dedicada a la ciencia natural y que, el resto de la población apenas posea un conocimiento elemental y práctico de la tecnología de uso diario, pero continúe conservando varias de las características mencionadas arriba.

La civilización norteamericana es, en la actualidad, un imperio mundial que impone sus intereses por sobre los intereses de los demás países, tal como lo hacía Roma en su momento. De hecho puede decirse que EEUU no tiene ya fronteras pues el mundo entero es parte de “su interés”, es decir de su dominio. Las guerras antes eran para saquear a los vecinos; en tiempo del imperio romano no lo eran ya tanto para eso sino para defender sus instituciones y preservar su orden interno, y algo parecido ocurre hoy aunque además, interviene el interés de contar con más reservas de petróleo y dominar la economía de los demás países. En resumen el actual imperio de la potencia única ha aprendido a comportarse como las anteriores en la historia de la humanidad, imponiendo tanto sus características superficiales como sus ideas y caprichos: lo mismo el empleo universal de su lengua, la moda de vestir, sus gustos en el arte y distracciones, su manera pueril de hacer turismo, que sus dictados supuestamente democráticos impuestos mediante presiones económicas o, llegado el caso, la guerra y su poderosísimo armamento.

Los humanos tenemos una facilidad asombrosa para engañarnos a nosotros mismos: creemos lo que nos gusta y dudamos de lo que no (Francis Bacon). ¿Puede esto servirles de excusa? Hasta el estado de ánimo nos enturbia el discernimiento, y tendemos con bastante facilidad a reforzar las ideas

preconcebidas. La posibilidad de renunciar a un autoengaño implica la necesidad de renunciar a una situación personal que necesita del engaño. En las relaciones personales (y tal vez puede extrapolarse a las colectivas) no observamos verdaderamente a la otra persona; nos damos por satisfechos con ver y enseñar sólo lo que tenemos de superficial, y la pobreza de la relación se oculta bajo el nombre de compañerismo, compadrazgo, simpatía etc. o peor, interés mutuo. En la relación colectiva se impone la fuerza o el poder de unos sobre la debilidad, el temor o la indiferencia de los otros.

Dicen los psiquiatras que todos somos narcisistas: lo mío me satisface y, si digo una cosa, creo que es cierta y no necesito demostrarla; pero esto se torna grave cuando se ejerce en las relaciones internacionales, en que va comprometida la dignidad y la supervivencia de una nación o un grupo de ellas. Aquí no vale la enseñanza psicoanalista de que comprender el narcisismo es una clave para comprender los actos (irracionales) de los demás y para comprenderse uno mismo, pues la “comprensión” no basta y no con ello desaparece el problema. El autoanálisis es una actividad placentera y que se considera útil, pero se queda siempre en lo especulativo; para que puedan ser operantes las relaciones, tanto las personales como las colectivas, hay que descender a los aspectos prácticos, desde el interés de las diferentes partes, hasta el respeto y las formas.

El pensamiento operacional (de cómo tomar y manipular algo) es algo heredado filogenéticamente: lo hacen ya, y muy bien, los chimpancés. El pensamiento humano específico es el *crítico*, el único que permite apreciar la realidad. Éste no es una opción sino una facultad, una capacidad, una actitud, un “modo” de entender las cosas.

